



“El fantasma político”: juventudes, estigma y legitimidad del movimiento estudiantil peruano

Paloma Perdomo

 <https://orcid.org/0009-0005-2296-0357>

Universidad de La Sabana, Colombia

 palomacape@unisabana.edu.co

Resumen

En un contexto marcado por la inseguridad ciudadana y la persistente desconfianza en las instituciones, las protestas sociales han vuelto a ocupar un lugar central en el debate público peruano. Este artículo analiza cómo los estudiantes universitarios sostuvieron su participación pública en medio de un clima de sospecha que asoció la movilización juvenil con la violencia o la “politización negativa”. A partir de una entrevista en profundidad a una estudiante universitaria peruana y del uso de conceptos clave de la teoría de movimientos sociales: identidad colectiva y encuadre—, el texto examina las estrategias simbólicas y discursivas mediante las cuales el movimiento estudiantil resignificó la protesta y enfrentó procesos de estigmatización. El análisis muestra que la acción colectiva estudiantil no solo respondió a demandas concretas, sino que también operó como un espacio de reconstrucción de sentido y de ciudadanía en un escenario de crisis política y desconfianza institucional.

Palabras clave

Estigmatización; *framing*; identidad colectiva; movimiento estudiantil; protesta social.

Para citar este artículo

Perdomo, P. “El fantasma político”: juventudes, estigma y legitimidad del movimiento estudiantil peruano. *Momentum*, 5(1), e515. <https://momentum.unisabana.edu.co/index.php/momentum/article/view/27101>

Recibido

22/10/2025

Enviado a pares

24/10/2025

Aceptado por pares

27/10/2025

Aceptado por revista

03/02/2026

Perú, durante 2025, enfrentó un escenario marcado por el aumento de la inseguridad y la persistente desconfianza en las instituciones, lo que devolvió a las calles un papel central como espacio de expresión ciudadana. Las protestas no surgieron únicamente por indignación, sino también por la necesidad de redefinir el lugar de la ciudadanía dentro de un Estado que atravesaba una prolongada crisis de legitimidad. En este contexto político y social, las calles volvieron a ser un lugar donde distintos sectores: jóvenes, estudiantes, trabajadores y familias, ensayaron formas de participación y buscaron ser escuchados. La memoria reciente de las muertes ocurridas durante las manifestaciones de 2022 reapareció como telón de fondo y planteó una pregunta clave: ¿cómo se reconstruye la ciudadanía en un escenario donde la relación entre Estado y sociedad permanece tensionada? A partir de esta pregunta, y considerando que la protesta juvenil suele asociarse con una “politización negativa”, resulta relevante analizar cómo los estudiantes universitarios peruanos sostuvieron su participación pública en medio de ese clima de sospecha. Comprender esta tensión permite iluminar el papel de la juventud dentro de la vida democrática del país.

El análisis se basa en una entrevista realizada en 2025 a una estudiante universitaria en Perú, a quien se llamará Bárbara por razones de seguridad, y en dos conceptos centrales de la teoría de movimientos sociales: la identidad colectiva (Couch, 2017) y el encuadre o *framing* (Benford y Snow, 2000). Esta combinación permite explorar cómo el movimiento estudiantil redefinió su sentido de acción en un entorno marcado por la desconfianza institucional y la vigilancia estatal.

Bárbara relató que su compromiso político surgió en un entorno familiar atento a lo social, pero fue en la universidad donde encontró un espacio de interlocución y pertenencia. Según explicó: “las conexiones y vivencias compartidas, no solo como universitarios sino también como peruanos, son clave para dejar nacer una identidad basada en ideales que resuenen con nuestras creencias” (entrevista, Perú, 2025). Esta afirmación sintetiza lo que Couch (2017) denomina identidad colectiva: un sentimiento de pertenencia a un “nosotros” que trasciende los intereses individuales y que, en el caso del movimiento estudiantil, opera como un espacio simbólico desde el cual los jóvenes resignifican su rol en el país.

Por su parte, Benford y Snow (2000) explican que los movimientos sociales no solo protestan, sino que producen encuadres que permiten interpretar la realidad: identifican injusticias, proponen soluciones y convocan a la acción colectiva. Este proceso narrativo resulta central para contrarrestar los discursos que representan a los estudiantes como actores violentos o irracionales.

Durante la entrevista, Bárbara señaló que, cuando deciden realizar la toma de un espacio, buscan que la ciudadanía comprenda los motivos detrás de la acción. Esta pedagogía del espacio público evidencia que, para muchos jóvenes, la protesta funciona también como una

práctica educativa y democrática. Sin embargo, la estigmatización persiste: “la inteligencia nos ha catalogado como posibles terroristas solo por pertenecer a un gremio”. Este relato se vincula con lo que Couch denomina marcos de criminalización, en los cuales la movilización deja de ser vista como participación y pasa a ser interpretada como amenaza simbólica. En Perú, este marco se sostiene en la memoria del conflicto armado interno, un pasado que aún asocia, de manera difusa pero persistente, la organización social con la subversión. De allí surge lo que varios jóvenes denominan hoy el “fantasma político”, un miedo heredado que vuelve sospechoso casi cualquier intento de cambio social.

El 21 de septiembre de 2025, las marchas de la llamada generación Z reactivaron este fantasma. Según la Defensoría del Pueblo (2025), las protestas dejaron más de 40 personas heridas y 60 detenidas. En redes sociales, la discusión se polarizó: algunos usuarios y periodistas cuestionaron el uso de helicópteros y el despliegue policial, mientras otros interpretaron las manifestaciones como expresiones de desorden (Defensoría del Pueblo, 2025). Entre ambas narrativas emergieron voces que buscaron recuperar el sentido ciudadano de la movilización. En declaraciones difundidas por medios nacionales, el cardenal Carlos Castillo expresó: “Aquí no hay terroristas, hay personas con derechos, con dignidad [...] vamos a decir: esperanza con Z” (citado en Gómez, 2025). Días después, declaraciones de la entonces presidenta Dina Boluarte afirmaron que “el peruano ya aprendió que no se debe protestar”, según registros de prensa nacional (citada en Gómez, 2025), lo que evidenció la persistencia de una mirada institucional que asocia la protesta con la ruptura del orden, así como la distancia entre el gobierno y los sectores movilizados.

El testimonio de Bárbara también muestra que ese estigma trasciende lo colectivo y afecta trayectorias personales. Según señaló: “cuando entiendes que este fantasma nace, un sentimiento que te empuja a veces a luchar más por tu país; pero también muchas veces terminamos saliendo, no por falta de amor a nuestra tierra, sino por el miedo de no alcanzar nuestras metas”. Este dilema dialoga con una tendencia más amplia. De acuerdo con datos de la Superintendencia Nacional de Migraciones (2024), más de 260.000 jóvenes peruanos entre 18 y 29 años migraron en busca de mejores oportunidades. Detrás de esa cifra conviven expectativas de progreso y experiencias de ruptura, así como la percepción de que el futuro dentro del país se vuelve incierto. Así, el caso del movimiento estudiantil permite pensar en algo más que la protesta. Muestra cómo la acción colectiva y las trayectorias personales se entrelazan en un mismo campo de tensiones, donde pertenecer y alejarse forman parte de una misma búsqueda de agencia.

Volver a la pregunta inicial permite una lectura distinta: el movimiento estudiantil no puede entenderse solo como un foco de conflicto, sino como una expresión de vitalidad democrática. Su persistencia, incluso bajo el peso del “fantasma político”, evidencia que

la juventud peruana no está ausente de la vida pública, sino que redefine, a su manera y a pesar de los estigmas, qué significa participar. En un escenario donde la política institucional parece agotada y la violencia domina buena parte del discurso público, las calles, las aulas y los espacios digitales se convierten en laboratorios de nuevas formas de ciudadanía. Estas prácticas recuerdan que la democracia no se sostiene únicamente en las instituciones, sino también en los gestos cotidianos de quienes insisten en hacerse escuchar. Como suele decirse en las marchas: *las cosas no son como parecen*; la protesta no es una amenaza, sino una forma de esperanza colectiva.

Referencias

- Benford, R. D. y Snow, D. A. (2000). Framing processes and social movements: An overview and assessment. *Annual Review of Sociology*, 26(1), 611-639. <https://doi.org/10.1146/annurev.soc.26.1.611>
- Couch, D. (2017). *Social movements and collective identity*. Routledge.
- Defensoría del Pueblo (2025). Conflictos sociales aumentaron un 6% en el primer semestre del 2025 frente al mismo periodo del año anterior. <https://www.defensoria.gov.co/-/conflictos-sociales-aumentaron>
- Diario Viral. (2024). El obispo de Lima, Carlos Castillo, se pronunció sobre la protesta en la Universidad San Marcos. [Canal YouTube], 18 de octubre. <https://www.youtube.com/watch?v=gwCTITM9IAc>
- Gómez Vega, R. (2025). La generación Z se rebela contra el Gobierno de Dina Boluarte en Perú. *El País América*, 22 de septiembre. <https://elpais.com/america/2025-09-22/la-generacion-z-se-rebela-contra-el-gobierno-de-dina-boluarte-en-peru.html>
- INEI - Instituto Nacional de Estadística e Informática (2015). Perú: Estadísticas de la Migración Internacional, al 2024 (Una visión desde los Registros Administrativos). Informes y Publicaciones, 8 de enero. <https://n9.cl/vhi8s>